



### CAPÍTULO III

#### Mi tío

**C**ONFIEO que no me hallaba tranquilo. Mis ensueños románticos se me imaginaron tonterías en cuanto llegué á Stepantchikovo.

Eran cerca de las cinco de la mañana. El camino rodeaba el parque de mi tío. Después de muchos años de ausencia volvía á hallar el gran jardín en que tan pronto había transcurrido una parte de mi dichosa niñez y que había visto tantas veces en sueños en los dormitorios de los colegios.

Salté del coche y me dirigí á la casa. Era mi mayor deseo llegar de improviso, preguntar, adquirir noticias y sobre todo hablar con mi tío.

Atravesé la avenida de tilos seculares y gané la terraza en la que una puerta

de vidriera daba acceso á la casa. Estaba rodeada de platabandas, de macizos de flores y de plantas raras. Encontré allí á Garilo, mi criado de otros tiempos y ahora ayuda de cámara honorario de mi tío. Se había puesto sus anteojos y sostenía en la mano un cuaderno en el que leía con la más grande atención.

Como nos habíamos visto dos años antes, cuando mi viaje á Petersburgo, me reconoció en seguida, y se dirigió hacia mí con los ojos llenos de lágrimas de alegría. Quiso besarme la mano y dejó caer sus anteojos. Sus manifestaciones de afecto me conmovieron profundamente.

Pero, recordando lo que me había dicho el señor Bakhtcheief, no pude reprimir el dirigir una mirada hacia el cuaderno que tenía en la mano.

—¿Te hacen también aprender francés?—pregunté al anciano.

—Sí; como á un canario, hijo mío, sin tener consideración á mi edad—contestó con tristeza.

—¿Es el mismo Foma el que te enseña?

—El mismo. Debe ser muy inteligente.

—¿Os enseña por conversación?

—No, con este cuaderno.

—¿Qué cuaderno es ese? ¡Ah! Las palabras francesas escritas en letras

rusas... ¿No os da vergüenza, Garilo, dejaros engañar por semejante imbécil?

Y, en un abrir y cerrar los ojos olvidé todas las halagüeñas hipótesis que había construído á la cuenta de Foma Fomitch y que me valieron una disputa con el señor Bakhtcheief.

—No puede ser un imbécil; manda hasta á los señores.

—Acaso tengas razón, Garilo—murmuré, detenido por su argumentación.—Llévame á donde esté mi tío.

—Hijo mío, no quisiera que me vieran. Tengo miedo hasta del mismo señor. Aquí devoro mi tristeza, y cuando le veo venir me oculto detrás de los macizos.

—Pero ¿de qué tienes miedo?

—Hace un rato no me sabía la lección y Foma Fomitsch quería ponerme de rodillas. ¡No le he obedecido! Soy ya demasiado viejo para que se diviertan conmigo. El señor se enfadó por mi desobediencia. «Es por tu bien», me decía; «quiero instruirte y hacerte adquirir una pronunciación perfecta». Y me he quedado aquí para aprender el vocabulario, porque Foma me preguntará esta tarde.

No era muy claro aquello. La historia del francés debía ocultar algún misterio que el viejo no acertaba á explicarme.

—Una pregunta, Garilo. ¿Cómo es? ¿Es arrogante, de buena presencia?



—¿Foma Fomitsch? ¡Cál!; todo lo contrario; enclenque, insignificante.

—Bien, Garilo. Espera. Todo puede arreglarse y te prometo que todo se arreglará. ¿Dónde está mi tío?

—Está recibiendo á los aldeanos detrás de las maderas. Han venido los viejos de Kapitonovka á presentarle una súplica ante la noticia de que se los cedía á Foma Fomitsch. Vienen á pedirle que desista de hacerlo.

—Y ¿por qué los recibe detrás de las maderas?

—Porque el señor tiene miedo...

Y, en efecto, encontré á mi tío en el lugar indicado. Estaba de pie ante los aldeanos que le saludaban y hablaban, á todo lo que él contestaba con viveza. Acercándome, le llamé, se volvió y nos echamos el uno en brazos del otro.

Su alegría al verme llegaba al entusiasmo. Me abrazaba, me apretaba las manos, como si hubiese vuelto á hallar á su propio hijo después de un peligro de muerte; como si yo mismo le hubiese salvado con mi ayuda; como si le trajera la solución de todas las dificultades en que se hallaba, y la alegría y la felicidad para toda su vida, y para la de aquellos á quienes quería; porque nunca había consentido en ser él solo dichoso. Pero después de las primeras efusiones se quedó balbuciente y no supo ya qué

decir. Me hizo innumerables preguntas y quería llevarme sin más tardar con su familia.

Ya habíamos dado algunos pasos, cuando volvió hacia atrás para presentarme á los aldeanos de Kapitonovka. En seguida, sin motivo aparente, empezó á hablarme de un tal Korovkine á quien había hallado tres días antes en un camino y cuya visita esperaba con impaciencia. Luego abandonó á Korovkine para saltar á otro asunto. Yo le contemplaba con alegría. Contestando á sus preguntas, le dije que no eran mis propósitos ingresar en la administración, sino seguir una carrera científica.

A mi tío le pareció que era ocasión de fruncir el entrecejo y de adoptar un gesto severo. Al saber que, durante los meses últimos, había hecho estudios de mineralogía, alzó la cabeza y dirigió en torno suyo una mirada de orgullo, como si hubiese sido él el descubridor de aquella ciencia ó autor de un tratado acerca de ella. Ya he dicho que la palabra Ciencia le sumía en una adoración tanto más desinteresada cuanto que, por su cuenta él era un ignorante.

—¡Ah!—me dijo un día;—¡hay por el mundo gentes que saben de todo!—Y sus ojos brillaban de admiración.—Vive uno junto á ellos; les escucha, con la conciencia de que no se sabe nada, sin compren-



der nada de lo que dicen, y el corazón se llena de alegría. ¿Por qué? Porque es la razón, la utilidad, la felicidad de todos. Eso es lo que comprendo. Yo ya viajo en camino de hierro; pero, quién sabe si mi llucha volará por los aires; Y, en fin, el comercio, la industria... esos manantiales, por decirlo así... entiendo que todo eso es útil... es útil ¿verdad?

Pero volvamos á mi llegada

—Espera, espera;—comenzó, mientras se frotaba las manos y aligeraba el paso.—Voy á presentarte á un hombre raro, á un sabio que será una de las celebridades de este siglo; al mismo Foma me lo ha asegurado... Le conocerás.

—¿Es de Foma Fomitsch de quien me habla usted, querido tío?

—No; te hablo de Korovkine. También Foma es un hombre notable... pero me refería á Korovkine—dijo mi tío que había enrojecido así que la conversación recayó sobre Foma.

—¿A qué ciencias se dedica?

—A las ciencias en general. No sé como explicártelo; pero se dedica á las ciencias. ¡Hay que oírle hablar sobre los ferrocarriles! ¿Sabes?—añadió en voz más baja y guiñando un ojo;—tiene ideales un tanto avanzados. Lo he notado por lo que dijo acerca de la felicidad conyugal... Es lástima que yo no lo haya entendido todo (no tenía tiempo); de otro

modo ahora te lo contaré al detalle. Además de eso, es un hijo buenísimo. Le he invitado á venir á verme y le estoy esperando de un momento á otro.

Entretanto los aldeanos, boquiabiertos, me miraban como á un fenómeno.

—Escuche usted, tío; creo que mi presencia turba un poco á estas gentes. Sin duda vinieron á sus asuntos. ¿Qué piden? Estoy seguro de que preveo algo y me gustaría oírlos.

Mi tío se mostró inquieto...

—Ah, sí. Me había olvidado... Pero no es nada. Se les ha metido en la cabeza (y me agradaría saber quien fué el primero que lanzó la idea), que voy á dar toda la Kapitonovka... (¿te acuerdas de la Kapitonovka?) que voy á dar toda la Kapitonovka y setenta almas á Foma Fomitch. «¡Queremos quedarnos contigo nada más!» me dicen.

—¿De modo, que no es cierto? ¿No va usted á cedérsela?—exclamé con alegría.

—Nunca. Jamás se me ocurrió tal idea. ¿Quién les habla de eso? Lo han deducido de una palabra que se me escapó una vez. ¿Por qué detestan de Foma? Espera, Sergio, te presentaré á él,—añadió mirándome con timidez, como si hubiera sentido en mí un enemigo de Foma. ¡Qué hombre!

—No queremos, no queremos á nadie



más que á tí—gimieron en coro los aldeanos.—Tú eres nuestro padre y nosotros tus hijos.

—Yo—le contesté—no conozco á Foma, pero... ¿sabe usted?... han llegado hasta mí algunos rumores... Por lo demás, yo respecto de eso tengo mis ideas personales. Hoy he encontrado al señor Bakhtcheievf... En último caso, despida á los aldeanos y hablaremos solos, sin fatigas... Le confieso que no he venido á otra cosa...

—Precisamente, precisamente—dijo mi tío, aprovechando la ocasión,—precisamente. Dejemos que se vayan los colonos y hablaremos amistosa y razonablemente, como camaradas. Bien,—continuó volviéndose hacia los aldeanos.—Podéis marcharos, y siempre que sea preciso recurrid á mí, á cualquier hora.

—Eres nuestro padre y nosotros somos tus hijos. No nos des á Foma Fomitch. Te lo suplican los desgraciados—gritaron todos á un tiempo.

—¡Qué imbéciles! No os entregaré os digo.

—Nos haría morir con sus libros.

—¿También os enseña francés?—preguntó horrorizado.

—No, todavía no, gracias á Dios—contestó uno de los aldeanos, buen hablador sin duda; un hombre calvo y

rubio con una barba larga que temblaba, mientras él hablaba.—No, á Dios gracias.

—¿Qué os enseña entonces?

—A nosotros nos parece que tonterías.

—¿Cómo, tonterías?

—Serioja, no hagas caso; es una calumnia,—gritó lleno de confusión mi tío,—son estos imbéciles que no entienden lo que se les dice... ¿Y qué tienes tú que chillar?—continuó, dirigiéndose al que había tomado la palabra.—Se te desea el bien, y tú sin comprenderlo, te desgañitas.

—Muy bien tío; pero ¿y el francés?

—Es por la pronunciación; nada más que por la pronunciación,—su voz se hacía suplicante.

El mismo me dijo que sólo se trataba de la pronunciación. Y hay más cosas... No estás al corriente, por lo tanto no puedes juzgar. Hay que enterarse antes de acusar, querido... ¡Y es tan fácil acusar!

—Pero ¿vosotros qué hacéis?—les dije á los colonos.—¿Tenéis más que decirle; «Usted quiere cosas imposibles»? ¿No sabéis hablar?

—Si; pero ¡cuál es el ratón que le pondría el cascabel al gato! Nos predica incessantemente: «Sucio aldeano; voy á enseñarte orden y limpieza. ¿Por qué llevas



sucia la camisa?» «¡Pues porque está mojada de sudor!». Y no podemos cambiar de camisa diariamente. Ni la limpieza nos hará resucitar, ni la suciedad morir.

Intervino otro colono; flaco, alto, de traje remendado y alpargatas gastadas; era uno de esos eternos descontentos que siempre tienen reservada una palabra envenenada. Había estado hasta entonces oculto detrás de sus compañeros, escuchando con un silencio hosco y con una mueca de sonrisa amarga en la cara.

—El otro día—dijo,—vino Foma Fomitch y nos preguntó: «¿Sabéis cuántas verstas hay de aquí al Sol?» ¡Quién lo sabe! Esa es ciencia para los señores, no para nosotros. «No, no conocéis vuestro interés; no sabéis nada; en cambio yo soy un astrónomo; he estudiado todos los planetas que creó Dios».

—¿Y te ha dicho las verstas que había de la Tierra al Sol?—dijo mi tío, animándose de pronto, guiñándome un ojo, como dándome á entender «¡Ahora verás!»

—Ha dicho que había muchas—contestó sin apresurarse el colono que no esperaba aquel ataque.

—Pero ¿cuántas?

—Dijo que había más de cien ó mil verstas... muchas...

—Acuérdate ¿Tú te imaginabas que no había más que una versta, que el Sol estaba al lado nuestro? No, hermano; la Tierra ¿sabes? es como un globo ¿comprendes?—continuó mi tío, trazando con el dedo en el espacio un círculo.

El aldeano sonrió con amargura.

—Sí, como un globo. Se mantiene por sí misma en el aire y da vueltas alrededor del Sol que está inmóvil, mientras tú crees que anda. Todo eso fué descubierto por un marino, el capitán Cook... ¡El diablo sabe quién lo ha descubierto!—me susurró al oído mi tío.—A lo menos yo no lo sé)... Y tú ¿sabes la distancia que hay de la Tierra al Sol?

—Sí, sí, lo sé—contesté asombrado por la rareza de la escena.—Pero le diré lo que pienso. Sin duda la ignorancia es una especie de suciedad... pero de todos modos ¡enseñar astronomía á los campesinos!...

—Sí, eso es; ¡suciedad!—exclamó mi tío entusiasmado por mi expresión que había encontrado muy feliz.—¡Hermosa idea! ¡Sí, es una especie de suciedad! Siempre lo he dicho yo... Es decir, yo no lo he dicho, pero lo he pensado. ¿Lo oís?—gritó á los colonos—la ignorancia es lo mismo que la suciedad. Por eso Foma quería instruiros para bien vuestro. Pero, basta ya, amigos míos, y que Dios os acompañe. Estoy contento, muy



contento. Id tranquilos; no os abandonaré nunca.

—Defiéndenos, padre.

—No nos hagas desgraciados.

Y los colonos se echaron á sus pies.

—Vamos; nada de tonterías. Proster-náos ante Dios y ante el Zar, pero no delante de mí... Vamos, sed buenos, y lo demás...

Una vez que se habían marchado los colonos, me dijo:

—¿Sabes? A los aldeanos les gustan las buenas palabras, pero no les parece despreciable un regalo. Les daré alguna cosa. ¿Qué te parece? En honor de tu llegada. ¿Les haré algún regalo?

—Veo, tío, que es usted el bienhechor de ellos.

—Eso no es nada; no hay más remedio. Hace mucho tiempo que pensaba regalarles algo—añadió como para excusarse.—¿Te parece cómico el verme instruir á los aldeanos? Es por lo feliz que me hace el verte, mi querido Serioja. Quería solo enseñarles la distancia que hay de la tierra al sol y verles quedarse boquiabiertos; me gusta verlos así, me llena el corazón de alegría... Ahora no digas en el salón que he estado hablando con los aldeanos. Precisamente los recibí detrás de las cuerdas para que no me viera nadie. No era muy cómodo al sitio; pero el asunto es

delicado y ellos mismos han venido en secreto. Si he obrado así, fué más en favor suyo...

—Bueno, tío; ya me tiene usted aquí, deseando que lleguemos al punto importante. Le aseguro que su carta me ha sorprendido tanto...

—¡No hablemos de eso!—dijo mi tío bajando la voz.—Todo quedará explicado más tarde. Acaso tenga de que reprocharme respecto á tí...

—¿Respecto á mí, tío?

—Más tarde, más tarde. Todo quedará explicado. Pero ¡qué buen mozo estás hechol ¡Qué deseo tenía de verte! Quería decirte... eres un sabio... no tengo á nadie más que á tí y á Korovkine. Es preciso que sepas que aquí todo el mundo está en contra tuya. Hay que ser prudente; ten cuidado.

—¿Contra mí?—pregunté, mirando á mi tío con sorpresa porque no podía comprender que hubiera podido enajenarme la estimación de unos desconocidos.—¡Contra mí!

—Contra tí, hijo mío. ¿Qué le vamos á hacer? Foma Fomitch está algo prevenido contra tí... y también mi madre. En general debes ser prudente y respetuoso; no les contradigas; sobre todo mucho respeto...

—Pero, tío, ¿respetuoso con Foma Fomitch?



—¿Qué remedio hay? Yo no le defiendo. Sin duda tiene sus defectos y ahora... ¡Ah, Serioja, lo que me preocupa todo esto! ¡Todo podría arreglarse y nosotros seríamos muy felices!... Pero ¿quién no tiene sus defectos? También nosotros tenemos imperfecciones.

—Por favor, tío, dése usted cuenta de lo que hace.

—¡Bah! Todo ello son habladurías. Lo único que puedo decirte es que en este momento está receloso conmigo, ¿á que no sabes por qué?... Acaso tenga yo la culpa. Ya te lo contaré más tarde.

—¿Sabe usted, tío? Sobre eso tengo yo mis ideas personales—ardía en ansiedad de comunicárselas.—Ese hombre ha servido de bufón; se ha visto sometido, humillado, herido en su ideal; de ahí su carácter agrío y perverso; quiere vengarse en toda la humanidad. Pero si se le reconciliase con sus semejantes, si se le...

—¡Precisamente, precisamente!—gritó mi tío con entusiasmo.—¡Precisamente es eso! Has tenido una idea muy noble. Sería vergonzoso, indigno de nosotros el acusarle. ¡Muy justo! ¡Ah! Veo que me comprendes. Me traes la alegría. ¡Con tal de que todo se arregle en la sala! ¿Sabes? Me da miedo entrar. Ya estás aquí; voy á ser dichoso.

—Querido tío, si es así...—dije confuso.

—¡No! ¡no! Por nada del mundo. Eres mi huésped y aquí te quedarás.

Mi asombro iba en aumento.

—Tío; dígame por qué me ha hecho venir. ¿Qué es lo que quiere usted de mí y por qué puede ser usted culpable respecto á mí?

—No me lo preguntes. ¡Después! ¡después! Acaso mi culpa sea muy grande; pero quería ser honrado y... y... tú te casarás con ella. ¡Te casarás con ella! ¡si tienes un alma noble!—añadió enrojeciendo bajo la influencia de una violenta emoción y apretándome las manos.—Pero no hablemos más de eso. Ya sabrás por tí mismo demasiado, dentro de poco... Lo principal es que consigas producir una buena impresión en la sala, que agrade.

—Veamos; ¿quiénes están en la sala? Yo he frecuentado tan poco la sociedad...

—¿Tienes miedo?—preguntó sonriendo.—No temas; no hay nadie más que la familia. Y sobre todo, ¡valor! Nada de miedo; porque de otro modo yo temblaría por tí. ¿Quieres saber quiénes están en nuestra casa?... En primer término mi madre. ¿Te acuerdas de ella? Una buena señora sin pretensiones; puede afirmarse. Está algo anticuada; pero es mejor. Tiene sus rarezas, y siente rencores por cualquier cosa. Precisamente



ahora está incomodada conmigo; pero es mía la culpa, ya lo sé. Es una gran señora, una generala... Su marido fué un hombre admirable, un general muy instruído. No la ha dejado nada; pero estaba lleno de cicatrices; en una palabra, había sabido hacerse apreciar. Después está con nosotros la señorita Perepelitzina. Está... no sé... desde hace meses está un poco tocada... Pero no se debe juzgar á nadie. ¡Que Dios la proteja! Es hija de un teniente coronel; es la confidente de la amiga de mamá. Luego, mi hermana, Prascovia Ilinitchna. No hay mucho que decir de ella más que es sencilla, buena y que tiene un corazón de oro. Es preciso mirarla el corazón. Es una solterona; parece que el bueno de Bakhtcheief le hace la corte y tiene los puntos puestos en ella; pero ni palabra es un secreto. ¿Quién más? No te hablo de mis niños: ya los verás. Mañana es el santo de Ilucha... ¡Ah! se me iba á olvidar. Hace un mes que está con nosotros tu primo Ivan Ivanovitch Mizintchikov. Hace poco que dejó los húsares; todavía es joven. ¡Un hermoso corazón! Pero se arruinó de tal modo que me pregunto muchas veces cómo se las habrá arreglado para hacerlo así. Es cierto que tenía muy poco; pero se ha arruinado y ha contraído muchas deudas. Vino á casa espontáneamente, por su voluntad,

y aquí se quedó. Nunca lo había visto hasta entonces. Es un muchacho distinguido, bueno, algo tímido y muy respetuoso. No recuerdo el tono de su voz, porque siempre está callado. Foma le ha puesto el sobrenombre de «el taciturno desconocido»; él no se incomoda y Foma tan contento. Dice que Ivan Ivanovitch no es inteligente. De todos modos, no le contradice en nada y siempre es de su opinión. Es un tímido... ¡Dios le guarde! Tenemos algunos visitantes de la ciudad: Pavel Semionovitch Obnoskine y su madre; un joven de mucho talento, de ideas firmes, maduras, (me expreso bastante mal) y además muy austero. En fin, verás también á Tatiana Ivanovna, una parienta lejana á quien no conoces. Esta señorita, hay que confesarlo, ya no es joven; pero es bastante rica para comprar dos Stepantchikovos. No hace mucho que ha heredado; hasta entonces había vivido en la miseria. Ten cuidado con ella, Serioja; ¡es tan delicada!... Tiene un carácter algo raro. Tú eres generoso, te darás cuenta. ¡Ha sufrido tanto! Hay que redoblar siempre las precauciones con aquellas personas que no han sido felices. No te forjes ilusiones respecto á ella. Posee sus debilidades; habla sin pensar lo que dice; confunde el valor de las palabras; pero no es que mienta... todo sale así de su



corazón y su corazón es bueno y franco. Si alguna vez miente, lo hace por exceso de grandeza de alma; ¿comprendes?

Mi tío parecía turbado. Le dije:

—Oiga usted, tío; siento por usted un cariño que hace disculpable la pregunta: ¿va usted á casarse ó no?

—¿Quién te habla de eso?—dijo poniéndose colorado como un chico.—Bien, te lo contaré todo. En primer lugar, no me casaré. Todos, mi madre y hasta mi hermana, y sobre todo Foma Fomitch, á quien adora mi madre (y con razón, ¡le ha hecho tantos favores!) todos querían que me casase con Tatiana Ivanovna, por interés, por bien de la familia. Comprendo que lo que se pretende es mi felicidad, pero no me casaré; me lo he jurado á mí mismo: á ellos no les he dicho ni sí ni no. Eso es lo que hago siempre. A consecuencia de mi silencio, ellos han querido deducir que consiento, y desean que aproveche la fiesta de mañana para declararme...

Todo ello va á dar lugar á una serie de líos que me llenan de antemano de horrible perplejidad, sobre todo porque Foma está incomodado conmigo, sin que yo sepa á causa de qué. También lo está mi madre. Te aseguro que te esperaba... como espero á Korovkine... para expansionarme, si puedo decirlo así.

—¿Para qué puede servirle á usted ese Korovkine?

—Me ayudará, me ayudará; es un hombre capaz de eso, un hombre de ciencia. Tengo entera confianza en él. También contaba contigo; suponía que tú lograrías vencerles. Piensa en que si soy culpable, no soy un pecador endurecido en el pecado. ¡Si quisieran perdonarme por una vez ¡qué felices seríamos todos!... Mi Sachourka ha crecido mucho; ya está en sazón para casarse. También Ilucha ha crecido. Mañana es su santo... Pero Sachourka es la que me inspira más temores.

—Díganme donde han puesto mi maleta; quiero cambiar de traje y volveré con usted en seguida.

—¡Arriba, hijo mío, arriba! Había dado orden de que te llevasen directamente á tu cuarto en cuanto llegases, para que nadie te viera. Bien; cambia de traje, perfectamente. En ese tiempo les prepararé, ¿Qué quieres, hijo mío? ¡hay que hacerse astutos! Sin quererlo se transforma uno en un Talleyrand. ¡qué más dál. Ahora están tomando el té; en casa eso dura una hora lo menos. A Foma Fomitch le gusta tomarlo en cuanto despierta. Parece que es lo mejor... Voy allá, y tú procura venir pronto; no me dejes solo mucho tiempo; ¡estaría tan acobardado! ¡Ah! Escucha. Tengo toda-



vía que decirte una cosa. Abajo no me hables alto como aquí ¿sabes? Si tienes alguna observación que hacerme, espera á que estemos solos, pero entre tanto, silencio. He hecho tantas juguetas que los tengo á todos furiosos contra mí.

—De todo cuanto me ha dicho usted, deduzco...

—¿Que no tengo carácter? Sigue hasta el final,—interrumpió.—¿Y qué hacer? Lo sé muy bien. ¿Qué? ¿Vienes? Pronto, te lo ruego.

Subí á mi cuarto, y me apresuré á abrir la maleta para ponerme de acuerdo con la recomendación de mi tío, y mientras estaba vistiéndome, pensaba en que no había averiguado aún nada de cuanto quería saber después de una conversación de una hora. Lo único que me pareció claro es que él se proponía casarme y que por lo tanto los rumores relativos á su amor á la muchacha aquella, carecían de fundamento. Recuerdo que me hallaba en una terrible inquietud. Sospeché también que mi llegada y mi silencio, después de las palabras de mi tío, constituían un compromiso tácito para siempre. «Se dá pronto una palabra que le aflige á uno para toda la vida. ¡Y no he visto aún á mi novia.»

Y además, ¿de dónde procedía aquella

animosidad general contra mí? ¿Por qué suponían que mi llegada fuese una provocación, según mi tío? ¿A qué obedecían los temores y las inquietudes? Todo ello me pareció tocado de locura, y mis sueños heroicos y novelescos huyeron al primer choque con la realidad. Solo entonces comprendí lo absurdo de la proposición de mi tío. En tales circunstancias á nadie se le podía ocurrir una idea semejante más que á él. También comprendí entonces que mi llegada á galope, y mi entusiasmo á media palabra, tenían mucho de estupidez. Absorto en estos pensamientos inquietantes, me vestía con extraordinaria prisa y sin fijarme en que me ayudaba un criado. De pronto, el hombre; tomó la palabra y preguntó con la más dulce de las cortesías:

—¿Qué corbata se pondrá el señor?  
¿La corbata Adelaida ó la de cuadros?

La miré y me pareció digno de examen. Era un hombre, joven aún y muy bien vestido para ser mi criado; se le habría tomado por un elegante de la ciudad. Vestía un traje oscuro, un pantalón blanco y un chaleco de paja; componían aquella evidente armonía destinada á llamar la atención sobre el gusto delicado del joven elegante, unas botas de charol y una corbata color rosa. Era de una palidez verdosa; tenía



la nariz muy grande y muy blanca, como si fuese de porcelana. La sonrisa de sus labios finos, demostraba una tristeza distinguida. Sus ojos, saltones y grandes, que parecían de vidrio, tenían una expresión á un mismo tiempo estúpida y afectada. Llevaba las orejas, finísimas, llenas de algodón. sin duda también, por delicadeza, y el pelo largo y de un color rubio claro, lucía todo brillantado por la pomada. Sus manos eran blancas, limpias y como si las lavase con agua de rosas; los dedos terminaban en uñas largas y muy cuidadas. Pronunciaba defectuosamente, conforme á la moda; movía afectadamente la cabeza; hacía infinidad de carantoñas y olía á perfumes. Era bajo de estatura, de aire enfermizo, y tenía unos andares doblando las rodillas, del modo más raro, que él debía suponer la última palabra de la gracia. Para terminar, estaba impregnado de exquisitez, de coquetería y de un sentimiento de dignidad, que no se por qué me desagradó desde el primer momento.

—¿De modo que esta corbata es de color Adelaida?—le pregunté mirándole severamente.

—De color Adelaida—contestó.

—¿Y no hay color Agrafena?

—No; es imposible.

—¿Por qué?

—Porque el nombre de Agrafena es feísimo.

—¿Cómo feísimo?

—Ciertamente. Adelaida es un nombre extranjero lleno de nobleza, mientras que cualquier aldeana puede llamarse Agrafena.

—¿Estás loco?

—No. Tengo todos mis sentidos. Puede usted injuriarme. Lo único que puedo decirle es que mi conversación ha agradado enormemente á muchos generales y condes de la capital.

—¿Cómo te llamas?

—Vidopliassof.

—¡Ah! ¿Eres Vidopliassof?

—Sí señor.

—Bien; ya hablaremos.

Y mientras bajaba la escalera no pude menos de pensar que aquella casa era una especie de Bedlam.